

# ¿DEFORMACIÓN O DE FORMACIÓN?



Susana Ramos

*Continuamos con la serie de artículos sobre el día a día en una biblioteca cualquiera: esta vez sobre todos aquellos aspectos relacionados con los cursos de formación. Con el mismo tono de humor que en textos anteriores, la autora nos presenta las peculiaridades de la realización de uno de esos cursos para usuarios y bibliotecarios...*

Querid@s compañer@s del metal (del vil metal):

En la pasada edición, concluía hablando de ciertos marrones, de que, como el Pablito del anuncio, en esta biblioteca todo el mundo quiere hacer kk. De ahí que tengamos tantos visitantes. Los propios (los usuarios) y los ajenos: los del carrito de la basura, las mamás con los carritos de los niños, l@s am@s de casa con el de la compra, los que controlan los carros (los coches), es decir, los de la hora... (y no vienen los del carrito de los helados porque no se estila). No sé si será el ambientador. Si la culpa la tiene el papel, que es largo, resistente y suave como el Scottex. Si es cuestión de cañerías o alcantarillado (el pocero dice que no, y me fío). O si el origen de esta pandemia se halla en los desayunos del restaurante chino contiguo a la biblioteca. Claro, por un euro café y rollito primavera cuando estamos en pleno invierno...

Pues resulta que aún no había dado yo tantos detalles como ahora y va un fino del gremio y salta, cual Quijote en defensa del más desfavorecido, y me dice que lo mío es de muy mal gusto, tanta cuestión escatológica y tanto hablar mal de los demás. Hombre, siendo yo la que escribo, y en habiendo enjundia, sebo, materia, material, contenido... no voy a ponerme a caer de un burro, ¿no? Nada. Finito. Me adentro en el tema que nos ocupa hoy: los cursos de reciclaje y formación bibliotecaria. (¡Qué suerte ha tenido de que no me cebe con él, haciéndole protagonista de una de mis historias!... que a esta gente se la conoce rápido).

A lo largo de mi dilatada carrera profesional, he realizado, unas veces por suerte y otras por desgracia, numerosos cursos de formación. Digo por suerte porque muchos de ellos han resultado formativos, amenos, pragmáticos y, además, gratuitos. Y digo por desgracia porque, en otras ocasiones, el coste, los contenidos, la elección o imposición del mismo, no ha sido nada acertada. Sin ir más lejos:

Hace unos días que mi Concejal me sugirió que asistiera a un curso de “Comunicación, liderazgo, resolución de problemas y coaching” que organiza e imparte, gratuitamente, nuestro ayuntamiento, y en nuestras instalaciones, aprovechando que tenemos sala multiusos. Y no destinado a trabajadores específicamente, sino a cualquier paisano o ciudadano de a pie. Como ahora hay mucho paro y, en consecuencia, mucha gente con la autoestima por los suelos y, de toda la vida de Dios, mucho desequilibrio... ¡Vaya! Dada la invitación, y que no estoy en paro (de momento), deduzco que yo pertenezco al grupo de los no cuerdos. Y digo de momento porque el día que a mi jefa se le ocurra



leer esta revista, voy a pasar a engrosar las listas de parados.

Parece que mi superior percibe cierta tensión entre los usuarios y yo. “Te noto nerviosorum” –me dice el otro día. A lo que yo le comenté: “Jo, cómo controla el latín, las declinaciones y, en concreto, el genitivo”. A lo que ella me preguntó: “¿El geni

*Como ahora hay mucho paro y, en consecuencia, mucha gente con la autoestima por los suelos y, de toda la vida de Dios, mucho desequilibrio...*

qué?”. Declinando yo (jajaja) continuar. Es que mi concejal no es de letras. Bueno, ni tampoco de ciencias. Es de... Bueno, no sé, de entre Pinto y Valdemoro. Pero como ha echado los dientes en el ayuntamiento, por ser pariente de la señora de la limpieza... Además, se diplomó por CCC en Secretariado Internacional. Pero, sobre todo, es que



es una persona muy leída, no porque lea sino porque otras tenemos la desfachatez de escribir sobre su persona y, por tanto, muchos la leen. Me insiste: “¡Que estás de los nervios, hija, of the nervius!” (¡Jo-pe, cómo se nota que se especializó en Internacional! Si controla hasta el genitivo sajón).

“Está bien –le digo (ya se sabe, a más pelota, más nota). Me apunto al curso, tiene buena pinta” –le digo con la boca pequeña (me parece muy pretencioso para tan corto tiempo... Pero a la fuerza ahorcan). Me pasará la semana metida en la biblioteca, de sesión continua, tendré que comer en el chino y, con suerte, los rollitos primavera, o vete a saber de qué temporada, se aposentarán en mis caderas en forma de pistolerías, y a la hora de la siesta, cuando Morfeo esté a punto de hacer acto de presencia, escucharé, todo lo atenta que pueda, el contenido del curso. Todo sea porque mejore la relación con mis usuarios, aun a costa de que empeore la relación con mi espeso, que tendrá que salir antes de su trabajo, comer de bocata, de chino o de japonés, recoger a nuestra prole y hacer los deberes domésticos y escolares.

Primer día de curso. He entrado tarde por culpa de un usuario que me ha entretenido por la escalera, contándome el argumento de una película. En la sala, todos los asientos menos uno estaban ya ocupados y me ha tocado cruzar el pasillo, que se me ha hecho más interminable que nunca. Mientras lo recorría, me he percatado que estaba lleno de caras conocidas: algún compañero del ayuntamiento y mis usuarios, muchos usuarios, todos mis usuarios: los parados, los ociosos, los aburridos, los jubiletas, y los jetas que hacen uso de los servicios (no bibliotecarios): los baños, la máquina de café, el fresquito en verano, el calorcito en invierno... De buena gana cogía el petate y me largaba a casa o me ponía en el mostrador para disfrutar, por un día, de un poquito de tranquilidad. Pero no le voy a quitar el gusto a mi

compañera. Además, tampoco me parece correcto, ni por la profesora, ni por los usuarios, ni por mi superior. Para colmo, a mi lado, está sentado ese usuario que siempre me mira de forma lasciva, con ojos libidinosillos. La profesora continúa con la exposición de los contenidos: comunicación (verbal, no verbal, tecnológica: internet, blogs, redes sociales... Solo le ha quedado mencionar las señales de humo), resolución de conflictos, el líder, coaching, etc. ¡Lo que le faltaba al usuario, que le facilitasen herramientas de comunicación! Si lo que había que hacer es ponerles un esparadrapo en la boca para que no le dieran a la sinhuera y vendarles los dedos para que no aporrearan tanto la tecla. Seguidamente, la profe pide a su foro que, a modo de presentación, vayamos subiendo al estrado, para decir nuestro nombre y el motivo de la asistencia al curso. ¡Me invade una terrible congoja y deseo morir! Con lo tímida que soy yo, tener que hablar en público y delante de todos mis usuarios... Y ahora qué digo, ¿la verdad?: ¿Que mi superior dice que la relación entre mis usuarios y yo es tensa? ¿Qué estoy nerviosorum? Quizá, con suerte, no entiendan el latín y salga airosa de la situación. O quizá haya algún bocas –que no listo– que me pregunte el porqué y entonces se va a liar. A ver: ¿algún voluntario? –pregunta la profe–. Yo callada y escondida tras las espaldas de un mazas y todos a la caza y captura de su minuto de gloria: “¡Yo, yo, yo...!”. Y la profesora: “A ver, por favor, de uno en uno, y por orden de fila” (igual que en el AhorraMás). El primero, un parado (en todos los sentidos): “Buenos días (es por

*Todo sea porque mejore la  
relación con mis usuarios,  
aun a costa de que empeore  
la relación con mi espeso, que  
tendrá que salir antes de  
su trabajo, comer de bocata,  
de chino o de japonés, recoger  
a nuestra prole y hacer los  
deberes domésticos y escolares.*

la tarde, pero bueno). Me llamo Segundo. Según para los amigos, que no Según (como para empatizar), tengo 45 años y llevo 20 en paro. Estudié derecho y ahora estoy jorobado... (todo el mundo se ríe y él no entiende nada). Y me he inscrito a este curso para, ya que no puedo independizarme ni ser el primero (jajaja, se troncha), a ver si levanto cabeza”. El último, un singingmorning: “Buenas (me horroriza cuando alguien dice buenas). Soy... Es que, últimamente, las relaciones con mi señora no... y un poco de coaching... (dice guiñándome un ojo)”. ¡Qué descaro! Pero ¿este sabrá que es el coaching? Y, en-



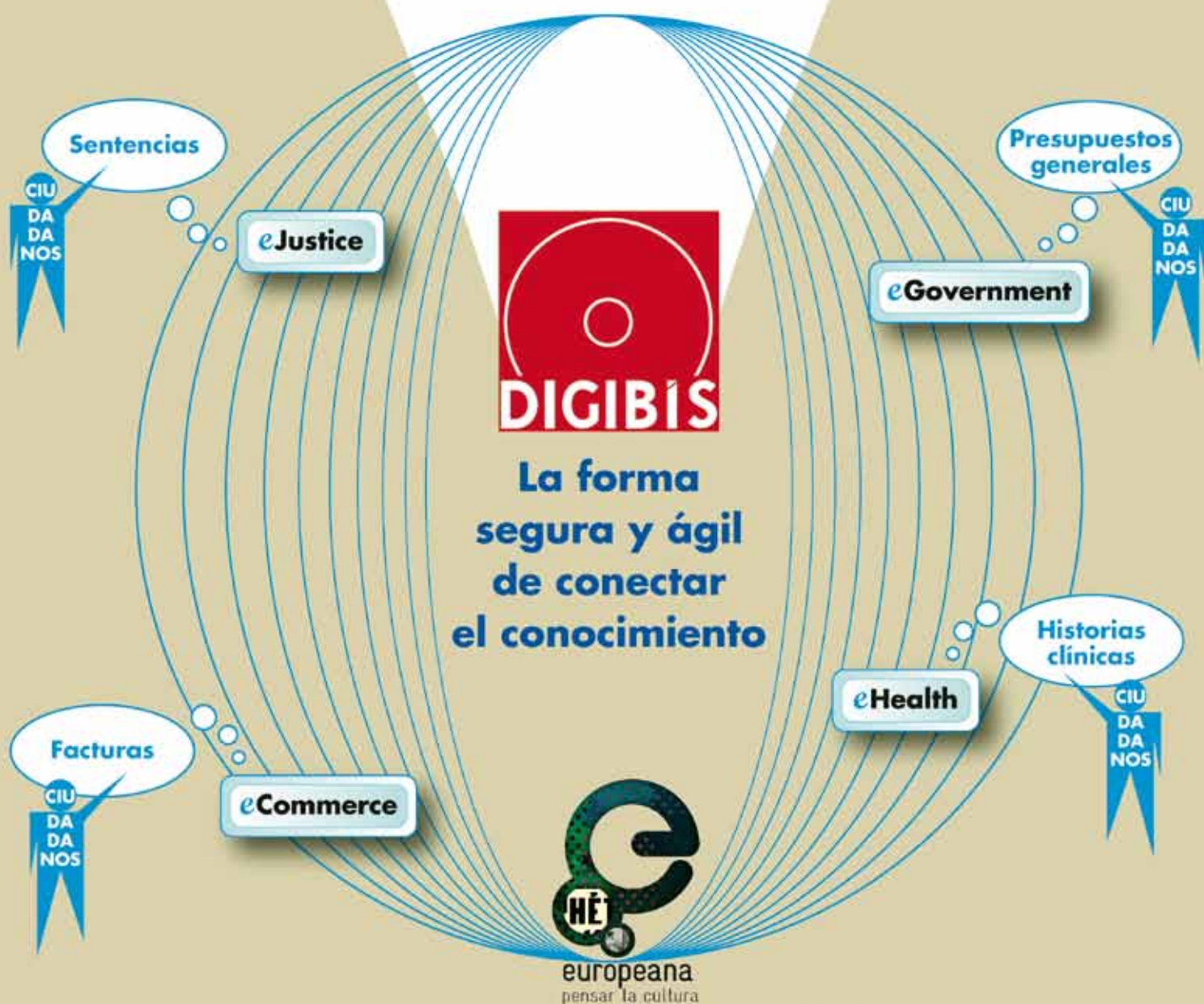
# LINKED OPEN DATA

Imprescindible para la futura recolección en Europea

Mediante **RDF** y **URI**:

**Aumenta el intercambio global de los datos de las Bibliotecas, Archivos y Museos en la Web**

**Permite a las instituciones sociales, a través de las Webs de sus Centros de Documentación, interoperar entre sí y con los ciudadanos**



[www.digibis.com](http://www.digibis.com)

cima, así, al peso: me ponga cuarto y mitad. Y por fin llega mi turno: “¡Señora, haga el favor!” (gracias a Dios no sabe que soy la bibliotecaria). Salgo a la pizarra. Noto unos calores que me suben de los pies a la cabeza. Estoy colorada como un tomate. Lo sé. Comienzo: “Buenas tardes. Me llamo Susana”. Salta uno y dice: “En la biblioteca la llamamos Octosusi” (ya sabe que soy la bibliotecaria y una pringada). “¡Será Octopusi!” –matiza la profesora. “No, no, de Susi, Octo-susi” (¡La madre que le parió! –digo manteniendo la más falsa de mis sonrisas). “Como parece un pulpo...” (¡Vaya, hombre, ya podía haber estado aquí la conce! –pienso). Continúo: “Y como bien ha dicho mi compañero y OSOario (le lanzo este dardo envenenado pero no se da por aludido), trabajo en esta (santa) casa, la biblioteca municipal. Y el motivo de mi asistencia responde al profundo deseo de conocer todas aquellas habilidades, sociales, tecnológicas, etc., que puedan redundar en beneficio de las relaciones personales y profesionales” (¡qué falsa soy!). La profesora nos invita a leer los apuntes y nos emplaza hasta mañana.

Segundo día de curso. Vuelvo a entrar tarde. Otro usuario. Otra película. No la del dvd sino la de su vida. Las luces de la sala están apagadas para ver las transparencias. Entro desapercibida. Todo invita

*Se ha sentado a mi lado y ¡se nota, se siente, el usuario está presente! Encienden las luces y todo el mundo gira la cabeza. Estoy en el punto de mira de toda la clase y me he puesto colorada de nuevo.*

a pegar una cabezadilla, pero no, no me parece propio. No sea que luego los usuarios me cambien el Octo-Susi (que no está mal) por La Bestia Durmiente (porque lo de Bella, a mi edad y con mi carácter, está fuera de lugar...). Con la oscuridad me he sentado, sin darme cuenta, al lado del libidinOSOario (es mi destino). Pensé que no paraba de quitarme ojo al escote hasta que me he percatado, por un ronquido, que casi le produce una apnea, que se había quedado dormido con la cabeza torcida hacia mí. Verdaderamente Morfeo le ha pillado a traición pues en una de esas inspira-expira ha dado de bruces en el suelo. Aún no sé si se ha dejado un diente pero de lo que estoy segura es de que se ha lesionado las cervicales porque, mientras miraba a diestra y siniestra, y tosía, como carraspeando más bien, para disimular y constatar que el personal no se había percatado de tan vergonzoso acontecimiento,



no paraba de tocarse nuca y cuello. Mañana saldremos de dudas, según venga con o sin collarín. Continúo atenta a la clase y a la evolución del sujeto. Se acaba de levantar y se ha ido hacia los servicios. Apuesto a que ha ido a lavarse la cara para despejarse y darse un rápido masaje en el cuello. El caso es que ha pasado un cuarto de hora y no vuelve. Una de tres: o está en enfermería, escayolándose el cuello, o en el dentista de enfrente poniéndose una carilla en el paleta, o está... ¡Ay madre, ya tengo la respuesta! Acaba de entrar en clase, a oscuras. No sé si se ha roto el cuello o los piños, ni me importa. Es lo que resta. Se ha sentado a mi lado y ¡se nota, se siente, el usuario está presente! Encienden las luces y todo el mundo gira la cabeza. Estoy en el punto de mira de toda la clase y me he puesto colorada de nuevo, de imaginarme la confusa situación (¡Vaya marrón!). Seguro que piensan que he sido yo (a la chita “cagando”, claro). Y el muy cobarde ahora canturrea, y mira al techo. Y llegados a este punto, me pregunto: ¿por qué mierrr-coles estoy yo aquí? La profe nos invita a que nos apliquemos con las prácticas de comunicación. Así que, cada uno a su modo, aunque la mayoría a voces, se comunica, mientras a mí me hacen el vacío (¡qué desgraciada soy!). Unos despellejan al jefe, otros alaban la guapura de sus hijos y yo, sola, frente a las nuevas tecnologías: el Messenger, los chats, los blogs, los “guachups”, los twits, las wikis y ¡los friáis!. Acabo de recibir un mensaje anónimo que reza: “TÚ”. Iba a preguntar “Yo, ¿qué!? Pero poco me importa la respuesta. ¡Adiós feed-back! Yo lo único que quiero, aquí y ahora, es que se depuren responsabilidades, es decir, comunicar que “¡Soy inocente!”.

Último día del curso. Hemos concluido teoría (teorías también) y prácticas. Y, por fin, el curso llega a su fin. Hoy, como colofón, contamos con la presencia de mi concejal, quien hará entrega de los diplomas del curso. Mi compañero de fatigas ha vuelto a aparecer y, para no perder la costumbre, se ha pegado a mí, de nuevo a mi vera, codo con codo. Y digo yo que, ya que me ha hecho pasar por tan bochornoso momento, al menos me gustaría saber si realmente se dejó algún piño en el camino, ambos



paletos o lleva un collarín camuflado tras esa bufanda parcheada de colores con la que hoy ha acicalado su atuendo, como para distraer mi interés. Pues yo hoy me llevo mi título debajo del brazo pero, desde luego, no sin antes haber despejado esta incógnita. Me apuesto lo que sea a que sí, a que se tronchó el cuello, porque le veo muy envarado. Pero ¡buf, no sé qué me pasa! , estoy sudando tinta y el tío no hace amago de deshacerse de la “burcanda” esa que lleva con cinco vueltas al cuello. Y, mientras, mi conce, hace entrega de los diplomas con gesto un poco raro: “¡Señora Octo-Susi!”. Y yo, alto y claro, y con dignidad: “¡Presente!”. Pero ¡qué sudores fríos y qué retortijones! Si parezco el león de la Metro. “Perdón, perdón” –le digo con apuro al mismo que el otro día fue víctima del desayuno chino y siesta con consecuencias–. Si es que donde las dan las toman, ya lo dice el refranero. Iba a salir corriendo pero me he dicho, “Modérate, no vaya a ser que se te caiga algo por el camino. A uno los dientes y a otros... pues eso”. El caso es que, casi pálida y con la cara desencajada he salido “airosa” al pasillo. ¡Qué mala suerte! El baño de mujeres está ocupado. La cola de Marujas llega hasta el pasillo. No me queda otra que entrar en el de caballeros (hombres, tíos, machos). Abro la puerta y me veo una batería de estos contra la pared. No digo ni pío. Me meto en uno de los retretes y cierro la puerta: ¡Diooooooss! Abro el bolso, rebusco, y comienzo a abanicarme. Vaya, con las prisas no me he fijado en que no había papel. Y no llevo ni un mal clínex en el bolso. Pues a ver qué hago ahora: ¿Llamo desde el móvil al conserje y le digo que me suba un rollo de papel higiénico al escusado de caballeros y que, además, me lo pase por debajo de la puerta? No, no, que de estas me termina de perder el respeto. Ya está, mejor llamo a mi espeso: “¡Oyeee –le digo bajito– vente urgente a la biblio, a traerme papel!”. “¡Oye, que si estáis de crisis ahí en Pijolandia, imagínate en Móstoles! Venga, esta noche te llevo un paquete de folios”. Y yo: “No, folios no, un rollo”. Y el otro: “¿Un rollo? Si cuando digo que sois pijos es por algo”. De pronto caigo... ¡el diploma! “Anda, déjalo” –voy y le cuelgo. Si es que las mujeres siempre tenemos recursos para todo. Total, los conocimientos me los llevo puestos, que es lo que importa. Dicho y hecho. Pero ¡maldita mi suerte! El trono no traga (ha sido el papel verjurado del diploma) y el agua rebosa en cascada libre. Iba a salir corriendo nuevamente, cuando han entrado otros tres usuarios, así



que he cerrado la tapa y me he subido encima, para no mojarme mis zapatos de tacón que, aunque de Zara, hacen juego con el bolso e imitan piel de cocodrilo, oye. De pronto oigo: “Macho, ese váter se está inundando”. “Pom, pom, pom” (casi tiran la puerta). “¿Hay alguien ahí?”. Y yo callada y diciendo para mis adentros: vete, hombre, vete (cuando los necesitas nunca están y cuando no les llamas...). En esto que oigo decir: “¿Avisamos a mantenimiento?”. Sí, hombre, y al cuerpo de bomberos también. Entonces me digo, oye, tú, como siempre, con dignidad: “Un momento, ya salgo”, digo con voz dulce. Y abro y comento: “Uy, cuánto hombre, ya me parecía a mí que esto sólo podía ocurrir en un servicio de caballeros. Iba a miccionar (así resulto más fina y plausible), pero el retrete estaba lleno de papel. ¡Algún cerdo que ha echado hasta el canuto del rollo de papel!”. Me he acicalado el pelo frente al espejo y me he empolvado la nariz (¡qué narices tengo!) mientras llegaban el de mantenimiento, el conserje, el guardia forestal y la señora de la limpieza (la madre de mi concejal) con los guantes puestos y la fregona en la mano, dispuesta a meter el mocho hasta el final. De fondo se oía aún a la conce haciendo entrega de los diplomas. Era el turno de mi compañero. ¡Para servirle!, ha dicho. ¡Menudo elemento!

Al llegar a casa se lo he contado a mi espeso. No sé si la comunicación con los usuarios se verá favorecida. Pero de lo que no tengo dudas es que la conyugal ya nunca será la misma.

Por cierto, el mensaje continuaba: “TÚ y YO, forever!”. ▲